

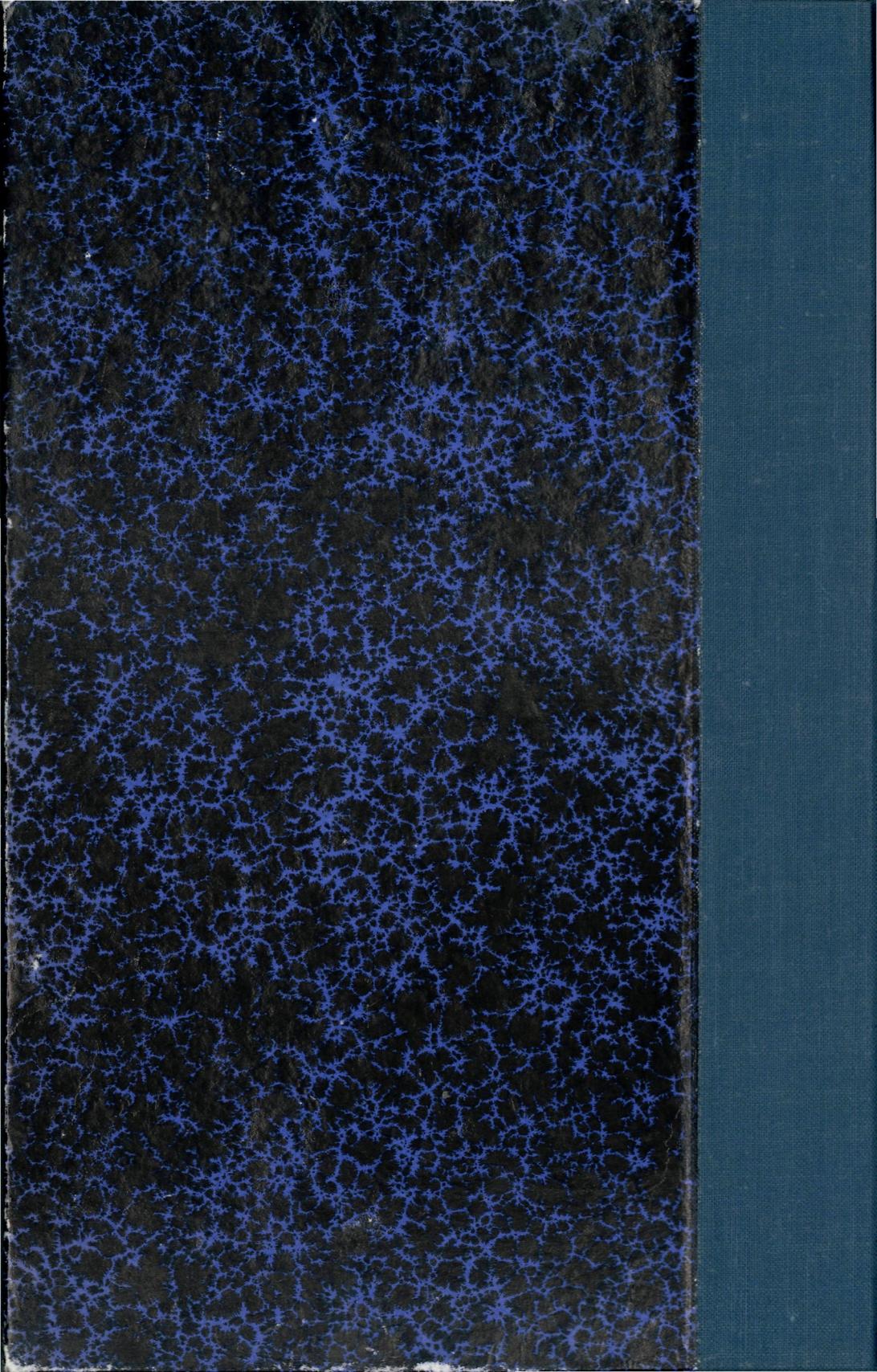
A-C.75/5



DOS

DE

MAYO



V. 214 DE
Ch.

20

A-Caj 75
5

2. 43313



ORACIÓN FÚNEBRE

QUE POR

LAS VÍCTIMAS DEL 2 DE MAYO DE 1808

PRONUNCIÓ

EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID
EN LA REAL IGLESIA DE SAN ISIDRO EL AÑO DE 1879

EL PRESBITERO

D. ANTONIO GARCÍA CANO

Predicador de este Arzobispado

PUBLÍCASE

CON LA LICENCIA Y CENSURA ECLESIASTICA

POR EL

NUEVO CENTRO DE PROPAGANDA CATÓLICA

ESTABLECIDO EN MADRID

CON LA APROBACION Y BENDICION

DEL

Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo

MADRID

IMPRESA DE LA V. É H. DE AGUADO
calle de Pontejos, 8

—
1884

Es propiedad del Autor; y todos los ejemplares llevarán el sello del NUEVO CENTRO DE PROPAGANDA CATÓLICA de Madrid, sin cuyo requisito se considerarán como ilegítimos.



*Brigamus dejectionem populi nostri,
et pugnemus pro populo nostro, et sanctis
nostris..... Quoniam melius est nos mori
in bello, quam videre mala gentis nostrae,
et sanctorum.*

Alcemos el abatimiento de nuestro pueblo, y peleemos por nuestro pueblo y por nuestras cosas santas..... Porque más vale morir en batalla que no ver el exterminio de nuestra nación y santuario.

(Lib. 1.^o de los Mac., cap. 3, v. 43 y 59).

EXCMO. AYUNTAMIENTO: ILUSTRES CORPORACIONES: CATÓLICO AUDITORIO:

Días hay en la historia de los pueblos cuya memoria jamás se borraré de la mente de los hombres; porque esos días recuerdan aquellos hechos gloriosos por los cuales adquirieron la admiración del mundo demostrando su poder y su grandeza. Días venturosos, que revelan cuánto vale y puede el hombre con ese poder admirable que el Omnipotente le ha concedido, y con el cual ha realizado las más brillantes hazañas que tanto resaltan en la historia de la humanidad. Días en que los hombres dejaron consignadas en caracteres eternos las condiciones de su carácter, la nobleza de sus sentimientos y el heroísmo de su virtud. Días, en fin, en que Dios hizo brillar su infinito poder y majestad abatiendo el orgullo y la soberbia, y su infinita misericordia enalteciendo la humildad y protegiendo la justicia.

De esos días de tanta gloria, es aquel cuyo aniversario hoy celebramos con la misma pompa que en años anteriores.

Sí; hoy hace 71 años que nuestro noble pueblo de Madrid demostró en el memorable é imperecedero DOS DE MAYO DE 1808 que,

en medio de su aparente humillación, fué grande y heroico, virtuoso y noble, fué..... lo que siempre ha sido la hermosa Nación Española.

En aquel día, de eterna memoria, España enseñó á las naciones europeas cómo sabe resistir un pueblo dirigido por la fe y dominado por el amor. Por eso lo celebramos como Israel celebraba el día venturoso en que recobró su perdida libertad, como los valientes Macabeos el día en que se levantaron contra el orgulloso poder de un rey que pretendía arrebatarnos su religión, abolir sus leyes y destruir su templo.

Pero ¿qué significa ese túmulo? ¿Qué demuestra este luto con que la Iglesia se viste? ¿Por ventura no es hoy día de gloria? ¿No celebramos una fiesta nacional? ¿A qué, pues, los ayes lastimeros de la Iglesia pidiendo perdón y solicitando indulgencia? ¿Por qué, pues, el himno del dolor y no el cántico sublime de las gracias?

¡Ah! bien lo comprendo. Aquí el culto de Dios, con su imponente y severa majestad, ofrécese respetuoso suplicándole se digne admitir el sacrificio expiatorio y propiciatorio, para que las almas de aquellos ilustres madrileños que fueron sacrificados por su Dios, por su Patria y por su Rey, por su infinita misericordia descansasen en paz: al propio tiempo, también, solicita la misma gracia para los que fueron causa de su heroico martirio.

Allá fuera la Patria vestida de gala, llena de orgullo, llena de satisfacción y de gloria, porque celebra una de sus más brillantes hazañas; la de haber humillado la ambición de un hombre grande; la de haber aniquilado el poder de un coloso.

Vístase de gala, en buen hora, nuestra Patria querida, porque en este día reveló el Señor la protección especial con que ha distinguido siempre á su verdadero Israel: vístase de gala nuestra Patria querida porque éste es el día que debemos todos celebrar con culto perpetuo durante nuestra vida, pues en él se repitieron los hechos inmortales de Sagunto y de Numancia.

¡Ah! ¡Con qué fuerza late hoy nuestro corazón, enardecido por el fuego patrio que le anima! ¡Con qué violencia salta del pecho el entusiasmo que nos produce el recuerdo de las glorias que nos legaron nuestros padres!

¿Y voy á ser yo el que, atrevido, panegirice las hazañas de nuestros antepasados? ¿Yo el que he de cantar aquellos hechos que dieron el título de *Heroica* á la noble Mantua? ¿Yo el encargado de pintar

con los más vivos colores las horribles escenas de aquella lóbrega noche en que mis queridos paisanos sellaron con su sangre el amor á su Dios, á su Patria y á su Rey?

Perdonadme la osadía, Excmos. Señores, dispensadme el atrevimiento, hijos ilustres de la Villa Heroica, sed conmigo indulgentes, españoles todos.

Permitid que en este día ocupe el corazón el lugar de la inteligencia, y entonces sabréis dispensar las muchas faltas que, indudablemente, hallaréis en el discurso de mi pobre y desaliñada oración.

«Los héroes del 2 de Mayo de 1808 fueron los verdaderos Macabeos que despertaron á su nación del letargo que la humillaba, y quisieron antes sucumbir que no verse esclavizados por el yugo opresor del extranjero. Ved aquí el objeto de vuestra atención y de mis palabras. Concededme vuestra benevolencia.»

Admiramos en la historia ese inmenso poder que Dios concede á las naciones, para su engrandecimiento unas veces, para su humillación otras. Los hombres no siempre comprenden quién es el motor principal que los conduce por el progresivo camino de su perfeccionamiento, ó por la torcida senda de las humillaciones. Nos admira también cómo Dios, que ha hecho al hombre poco menos que un ángel, y que le ha impuesto leyes admirables á pesar de su ingratitude y prevaricadora conducta, le ensalce y eleve á la cumbre de material grandeza, dejándole marchar á pasos de gigante, y sin obstáculos, al parecer, por el camino de su egoismo y ambición. Y no deja tampoco de llamarnos la atención esa predilección admirable con que Dios ha distinguido á algunas naciones haciéndolas depositarias de sus bondades infinitas y, sin embargo, dejándolas muchas veces abandonadas á sus propias fuerzas para ser humilladas por sus enemigos. No obstante, todo lo consiente para que después brille su poder y su grandeza con los inextinguibles resplandores de su majestad. Así lo ha verificado en nuestros tiempos.

La historia, que es gran maestra de la vida, nos ha enseñado que cuanto más los pueblos se han alejado de Dios, más se han ido precipitando en el insondable abismo de sus aberraciones y torpezas.

Así lo hemos visto á fines del pasado siglo, y aún lo estamos contemplando en nuestra época.

No acusemos á las naciones que tan triste espectáculo nos ofrecen.... Por otra parte, bien dignos de compasión serán siempre los pueblos que, poseyendo medios para salvarse de las malas doctrinas que los perturban, desprecian y rechazan esos avisos que Dios les ha enviado, en diferentes ocasiones, para su salvación y bienandanza.

Francia, la culta y civilizadora Francia, la nación de los grandes reyes, la patria de tan distinguidos santos, la hija predilecta de la Iglesia, cometió la más horrible torpeza que ocurrírsele podía, de prescindir de Dios y de su culto en los últimos años del pasado siglo.

Así vimos engendrar en su seno ese horrible monstruo que se llama revolución francesa, que proclamando quiméricos derechos, abolió los más sagrados deberes. Parálizase la sangre en nuestras venas, al recordar aquella sangrienta catástrofe con que nuestros vecinos quisieron acompañar los últimos alientos del siglo décimo octavo.

Un rey virtuoso enrojeciendo con su sangre inocente el sitio donde los criminales expiaran sus delitos; una mujer sin pudor, personificando la razón divinizada, y sustituyendo al Dios tres veces santo en los altares de su templo.... leyes, dogmas, tradiciones y costumbres, todo lo ocultó con su asqueroso manto el enciclopedismo; todo lo corrompieron con su repugnante hálito las más execrables pasiones; todo lo destruyó la más horrible anarquía.

En medio de tan espantosa catástrofe aparece un genio que, aunque acariciando en su mente ideas trastornadoras, participando de las que á la sazón dominaban, y tomando parte muy activa en los acontecimientos ocurridos en el exterior de su patria, preséntase á la vista del monstruo revolucionario, y aprovechándose de favorables circunstancias que se le ofrecían para realizar preconcebidos planes, sujeta á la escapada furia del averno, y consigue, por último, llegar, con asombrosa rapidez, desde la llanura de su modesta posición á la más encumbrada altura de grandeza á que puede en la tierra aspirar la criatura.

¡Parece que es un hombre providencial! Con su genio, su carácter y el prestigio ya adquirido por la fama de sus triunfos, consigue amortiguar la revolución, y parece como que quiere desagaviar á Dios de los infernales ultrajes recibidos, levantar una monarquía

con mayor esplendor que la antigua, y construir una nueva nación con mayor gloria que la que sucumbió por medio de la destructora mano de la impiedad.

Consigue en parte realizar sus aspiraciones; pero al mismo tiempo que encauza la desbordada corriente de su nación y pueblo, las atenciones y circunstancias de la guerra que con otras naciones sostiene, reclaman su personal cooperación; y marcha, y ve, y vence: y cual rayo aterrador, oprimiendo con sus manos las furias destructoras, recorre el mundo y las desata dejándolas caer sobre pueblos y naciones que, espantados ante el que en su mano lleva la tempestad, caen todos á sus plantas, y de hinojos postrados le adoran como Dios y le dicen: «Tuya es la tierra, tú solo puedes dominar en las naciones, solo tú eres poderoso, solo tú eres grande.»

Y aquel hombre verdaderamente grande en los albores de su gloria; aquel hombre que parecía el enviado por Dios para desagrar á la Iglesia; aquel que á todo trance quería conservar el catolicismo en su patria, difundirle por todas las naciones sujetas á su imperio, y que ante la proposición de un embajador inglés que creara una religión suya, le contestó sonriéndose que, «para crear una religión era necesario subir al Calvario, y esto no entraba en sus planes»; aquel hombre, en fin, que quiso ser coronado por la Iglesia, al verse rodeado de tanto poder y majestad, al considerarse grande y poderoso, deslumbrado con los resplandores de su gloria, sintióse como Satán dueño del mundo, y creyó que habiendo podido sojuzgar la tierra, podría también escalar el cielo. ¡Quimérica ilusión! La Providencia veía que Napoleón no cumplía sus destinos en la tierra. Hallábase dominado por el orgullo y la ambición, y, como dice un historiador contemporáneo, «era partidario de la revolución, y estando familiarizado con ella, esterilizó el germen de la religión que en su corazón llevaba. Fijó su vista en los fulgores de una grandeza ficticia, y de este modo se inutilizó á sí mismo para transmitir con gloria su nombre á las generaciones futuras. Semejante al renombrado guerrero macedonio, si un filósofo le hubiera dicho que á más de éste había otros mundos, también habría vertido lágrimas por no poder conquistarlos; y este inmoderado deseo de grandeza, hizo que no acertase á ser verdaderamente grande» (*).

(*) Fr. F. Rivas, *Curso de Historia Eclesiástica*, tom. III, pág. 349.

Este deseo de grandeza le condujo hasta los últimos límites.

Había escrito en la bandera de sus triunfos los nombres de Marenco, Austerlitz, Jena y Wagrán, y aspirando á sujetar el cielo y la tierra á su voluntad, y á imponerles la ley á su antojo, ocurriósele un día subir á la cumbre del Pirineo, para desde allí contemplar la parte de tierra que le quedaba por conquistar, para humillarla á sus pies; y contempló, lleno de asombro, una hermosa nación, bella como la gloria, y rica como el edén; dirigió con avidez su mirada por todos sus confines, y vió, con inmensa complacencia, que todos sus habitantes se hallaban abatidos como quien siente presagios tristes que le han de privar del bien admirable de una paz doméstica. Envió desde luego sus aguerridas legiones con los más distinguidos capitanes, y fueron éstos descendiendo, poco á poco y con silencio, por las faldas de esas inexpugnables trincheras que la Providencia colocó para resguardarse de cualquiera invasión, el pueblo que Napoleón ambicionaba; pero al sentir el león, rey del desierto, pasos extraños, lanzó terrible rugido que demostró á la orgullosa águila, que impunemente no le podía herir cara á cara y frente á frente.

Cuando Napoleón había determinado declarar la guerra á España para uncirla, como á otras naciones, á la carroza de sus triunfos, no se le ocultó que los españoles, á pesar de su aparente abatimiento, conservaban en su sangre aquel vigor y aquel entusiasmo tan encendido que animara á los que jamás se doblegaron á sufrir ninguna extraña coyunda. Por esto el 29 de Marzo de 1808, decía el general en jefe de sus ejércitos en la Península: «Habrà que luchar contra un pueblo nuevo, lleno de valor y con el heroísmo propio de hombres á quienes no han gastado las pasiones políticas»: y en verdad no se había engañado.

Brinda á este pueblo generoso y noble con ser su verdadero amigo y aliado; y so pretexto de ir á luchar contra otra nación, declara que la nuestra no será más que el tránsito por donde sus legiones han de marchar á nuevas conquistas. Así extiende sus ejércitos por toda nuestra Península, al mismo tiempo que con diplomacia engañadora hace que nuestros Monarcas y su augusta familia salgan de su patria; y entonces, lleno de gozo satánico, exclama como nuevo Trifón dirigiéndose á su ejército: *Non habent principem, et adjuvantem: nunc ergo expugnemus illos, et tollamus de hominibus memoriam eorum.* «No tienen caudillo ni quien les asista; ahora es tiempo de

echarnos sobre ellos, y de borrar su memoria de entre los hombres».

Así lo pretendió, así determinó ejecutarlo; pero llegó un día en que nuestro noble pueblo, conociendo el engaño, y descubierto el lazo con que traidoramente se pretendía aprisionar al altivo león español, se levantó furioso, y al grito de una mujer que indica que el resto de la real familia es también conducida al cautiverio, el irritado pueblo protesta contra tanta violencia, engaño y perfidia; y el plomo y el fuego, lanzados por el extranjero, responden á la demostración sublime de los más nobles y levantados sentimientos.

Herido de tal manera el furioso león español no puede resistir tamaña afrenta; y dirigiéndose al cielo exclama: «Tened, Señor, presente todo lo que ha pasado por nosotros; mirad la afrenta que se nos ha dirigido, y moveos en vista de esto á compasión. Ved cómo unos extraños se han hecho dueños de nuestras casas: cómo se han alzado con la tierra que disteis á nuestros padres, para que ellos y nosotros la poseyésemos. Lloramos como huérfanos sin padre, y nuestras madres gimen como viudas: *pupilli facti sumus absque patre, matres nostræ quasi viduæ*» (*).

Y entonces un eco profundo se repite por todos los ángulos del noble pueblo que, gritando venganza, marcha por todas partes á lavar la horrible afrenta que se le ha dirigido.

Y vedlos: enfurecidos los valientes madrileños, sin otras armas que su heroísmo, sin más defensa que sus pechos, sin otra confianza que la que han puesto en Dios, porque defienden la justicia, arremeten con impetuoso valor, ya individual, ya colectivamente á aquellas bien organizadas y pertrechadas masas que, cual ardiente y destructora lava, se extienden por todos los puntos de la villa, acudiendo con asombrosa actividad á sofocar la ardiente y vigorosa llama del patriotismo que enardece todos los pechos, que ha brotado al mismo tiempo en todos los corazones. Nunca, jamás pueblo alguno se alzó en su propia defensa ni más unánime ni más imponente. Un solo sentimiento movía como agente eléctrico todos los corazones.

Aquel día renováronse los actos de valor heroico y de patriotismo que inmortalizaron á los espartanos; aquel día resucitaron los invencibles atletas de Sagunto y de Numancia.

(*) Orat. Jer., cap. V, v. 3.